

Un paisaje evanescente: El origen de la antigua Horta d'Alacant

Sonia Gutiérrez Lloret
Universidad de Alicante

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
Andrés Fernández de Andrada (*Epístola moral a Fabio*)

L'Horta d'Alacant es hoy un paisaje oculto, un lugar en la memoria colectiva recreado a base de tópicos que resultan incomprensibles para las nuevas generaciones; lugares comunes que aluden a una memoria gustativa perdida, poblada de míticos sabores que ya nadie recuerda. En el imaginario colectivo, los tomates de Mutxamel, las habas tiernas de Sant Joan, las almendras y algarrobas de Fabraquer, las aceitunas y el pan de Benimagrell o las viñas de La Condomina son ya referentes literarios tan evanescentes como las «muchas frutas y hortalizas» de Alicante alabadas por el geógrafo Al-Idrisi en el siglo XII, o los «figos, passas o azabib y azeite» que el rey Alfonso X el Sabio consideraba «el mejor bien que ellos avien en la villa de Alicante», por no hablar del célebre vino de Alicante, que encantaba a la Europa del Siglo de las Luces y era degustado por Sandokán y sus piratas de Malasia en las celeberrimas novelas de Emilio Salgari, hoy tan relegadas al olvido como la propia Horta d'Alacant.

No queda casi recuerdo del «vergel ameno» que impresionó al botánico Antonio José Cavanilles a finales del siglo XVIII, poco de los árboles y cultivos de aquel «secano mejorado» que maravilló a viajeros y tratadistas, y nada o casi nada de la esquivia materialidad de lo que dio en llamarse «regadío de tipo alicantino» por separar la propiedad del agua de la de la tierra. El paseante tendrá que conformarse con evocarlo a partir de una acequia soterrada, un partididor olvidado, un tramo de camino bordeado de tapias sinuosas o algunos bancales yermos. ¿Cómo va a quedar rastro material de L'Horta d'Alacant y de las prácticas hidráulicas de una sociedad agraria desaparecida, cuando los restos más monumentales de su pasado, como los azudes, las villas o las «protegidas» torres (declaradas Bien de Interés Cultural en 1997) sucumben en un entorno de depredación que termina por descontextualizarlas en rotondas, asfixiarlas entre urbanizaciones o simplemente abandonarlas a su suerte en espera de que la desidia las arruine definitivamente,



Partidor de riego en la partida de Sant Peret/Benitia.
Foto: S. Gutiérrez.

para luego, quizá, reconstruirlas con una inversión directamente proporcional a su falsedad histórica? Quedan, eso sí, las palabras: *azud, fila, martava, Gualeró, Alfàs, Aljucer, Benitia, Benissiu, Benaüt, Alfadramí, Almaina, Beniopa, Benimagrell, Benिताutell, Benialí, Maimona...*, términos de riego y topónimos de una geografía que evoca un pasado remoto impregnado de arabismos, desde un presente donde ya nadie o muy pocos cultivan, respetan los turnos de agua o son capaces de ubicar los topónimos.

Una huerta para una ciudad

¿No queda nada, entonces, de L'Horta d'Alacant? Sí, quedan las huellas del tiempo impresas tenuemente en el espacio, pero para descifrarlas el paseante ha de iniciar un viaje introspectivo al pasado, buscando con ojos de historiador –o mejor aún de arqueólogo– las trazas que los diversos paisajes sucesivos han sobreescribido en el palimpsesto de L'Horta. Empecemos por el espacio. L'Horta d'Alacant se ubica en una amplia

llanura inclinada suavemente hacia el mar, conocida como Camp d'Alacant. Está limitada al norte por el cauce del río Montnegre, también llamado Riu de Cabanes, Riu Verd o, en su desembocadura, Riu Sec –precisamente el tramo en que todo su caudal se desviaba para regar una huerta siempre sedienta–. Al oeste la rodean las pequeñas alturas de las sierras del Calvari, Garbinet y la Lloma Redona, abriéndose por el

este para asomarse al mar en el saliente rocoso del Cap de l'Horta, todavía Cap de l'Alcodra en la planimetría histórica de finales del siglo XVI, como recuerdo del nombre con el que se la conocía en época de Alfonso X el Sabio: la «huerta de Alicant d'Alcodra». Este amplio y férax espacio agrícola regado, cuyo origen se remonta al menos hasta la época islámica, fue el alfoz de la villa de Alicante.

Esta huerta grande, la Orta Aliquantis por antonomasia, se distinguía perfectamente, ya en el medievo, de la pequeña huerta aledaña a las murallas de la villa, a la que el Libro de Beneficios de la Iglesia Parroquial de Santa María de Alicante del siglo XIV se refiere siempre como la «Çueqa d'Alacant», es decir la sueca, que toma su nombre de la palabra árabe *as-suwayqa* 'mercadito', en referencia probablemente al mercado que se celebraría junto a las puertas occidentales de la ciudad medieval (el Portal de l'Horta y el Portal d'Elx) y que se extendería al otro lado del Barranquet (la Rambla actual), por lo que después fue el arrabal de Sant Francesc hacia Sant Blai.

Así pues, cuando Alacant era aún la pequeña y marinera Madina Laqant

que exportaba esparto a todos los países del mar, ya contaba con dos espacios agrícolas regados, bien definidos y reglamentados, donde se producían frutas, legumbres, higos y uvas: de un lado, la pequeña huerta periurbana de la sueca, pegada a sus muros, regada con fuentes (sobre todo, la Fuensanta y la del Batle) y abundantes cenias todavía en época del cronista Bendicho, y de otro, la gran huerta situada junto al río Montnegre, a una decena de kilómetros de la ciudad y unida a ella por el Camí de l'Horta, que discurría al pie del Benacantil y de las sierras de la Goteta y Grossa y que ha quedado fosilizado a su paso por el barrio de San Antón en la actual calle de la Huerta. Este último espacio fértil y dinámico dio prosperidad económica a la ciudad y a su puerto hasta mediado el siglo XX, aunque hoy languidezca mal trecho, desfigurado y abocado al olvido.

Pero antes de analizar su estructura y evolución, hemos de preguntarnos si no existió una huerta antes de esta; en otras palabras, qué paisaje vieron y crearon los ciudadanos de Lucentum, el municipio romano situado en el Tossal de Manises, cuyo nombre arabizado –aunque no su emplazamiento– serviría para designar la nueva ciudad medieval que siglos después surgió al pie del Benacantil y que todavía es la nuestra: Al-Laqant, Alacant, Alicante.

Cuando L'Horta aún no lo era: El paisaje romano

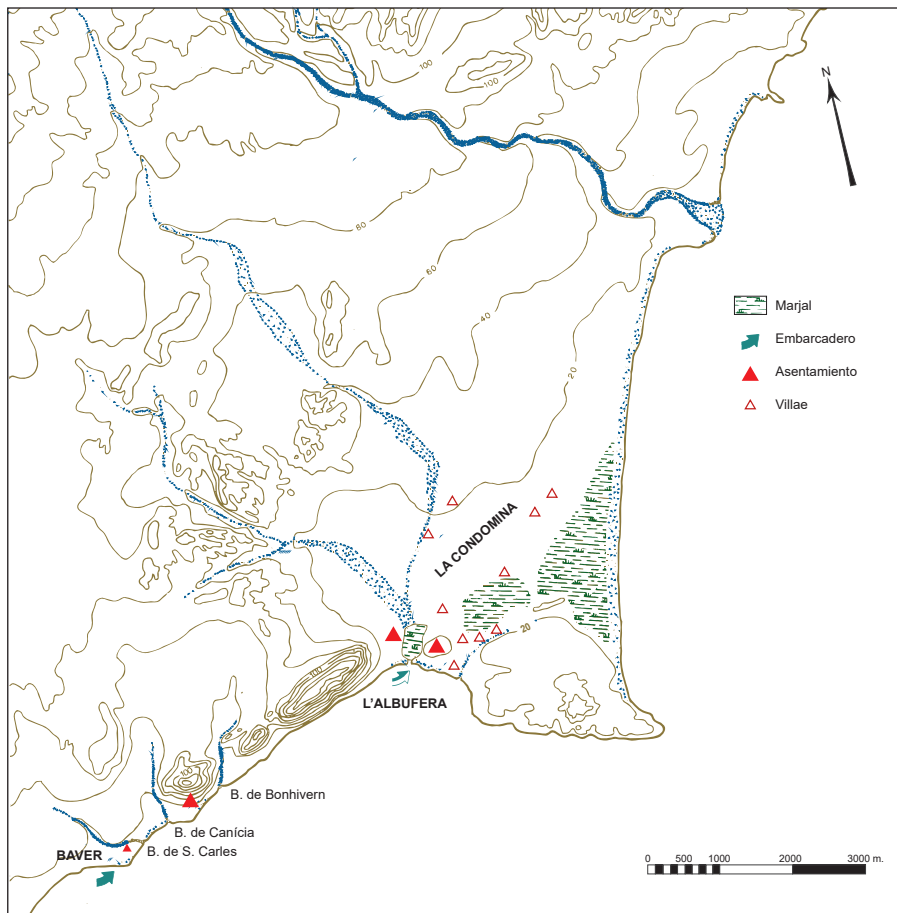
La existencia de un espacio agrario vinculado a la ciudad portuaria iberorromana del Tossal de Manises es innegable, aunque no se produjo una parcelación agraria regular de su territorio (centuriación)



Azud de Sant Joan. Foto: J. López.

como sí ocurrió con la cercana Colonia Iulia Ilici Augusta (L'Alcúdia d'Elx). Sabemos que el entorno de La Albufereta, un espacio pantanoso que fue en origen área portuaria, estuvo tempranamente poblado, tanto el Tossal de les Basses al sur del marjal, desde la prehistoria, como, al otro lado, el Tossal, emplazamiento de una verdadera ciudad (Lucentum), activa y poblada como tal hasta al menos el siglo III d. C. Es más, sabemos que la zona siguió habitada tras el abandono del municipio, como atestiguan las extensas necrópolis tardorromanas del entorno (siglos IV a VII d. C.), y que sus ruinas cobijaron mucho después un cementerio musulmán temprano (siglo IX), que constituye la única evidencia, por el momento, de la instalación de poblaciones ya islamizadas en la zona.

Retrocediendo a la época romana altoimperial (siglos I a III d. C.), la arqueología ha documentado numerosos



El espacio agrario romano. Mapa: Sonia Gutiérrez, tratado por Victoria Amorós.

testimonios de poblamiento rural en el entorno de Lucentum, aunque pocos sean visibles o visitables en la actualidad, como la villa romana de Casa Ferrer o la del Parque de las Naciones. Todos estos enclaves se ubican en la partida de La Condomina, la más baja de L'Horta d'Alacant, próxima a los marjales y al mar, cuyo propio topónimo, que el filólogo Joan Coromines hacía derivar del término latino tardío *condoma*, en el

sentido de campo próximo de la ciudad, confirma la existencia de un territorio urbano romano (*ager*) intensamente cultivado, como demuestran las prensas de aceite y vino, los silos, almacenes y balsas de las villas.

No obstante, ninguna evidencia parece atestiguar la existencia de un sistema de riego de derivación o una red de acequias organizada en estas partidas bajas de L'Horta, de forma que el regadío

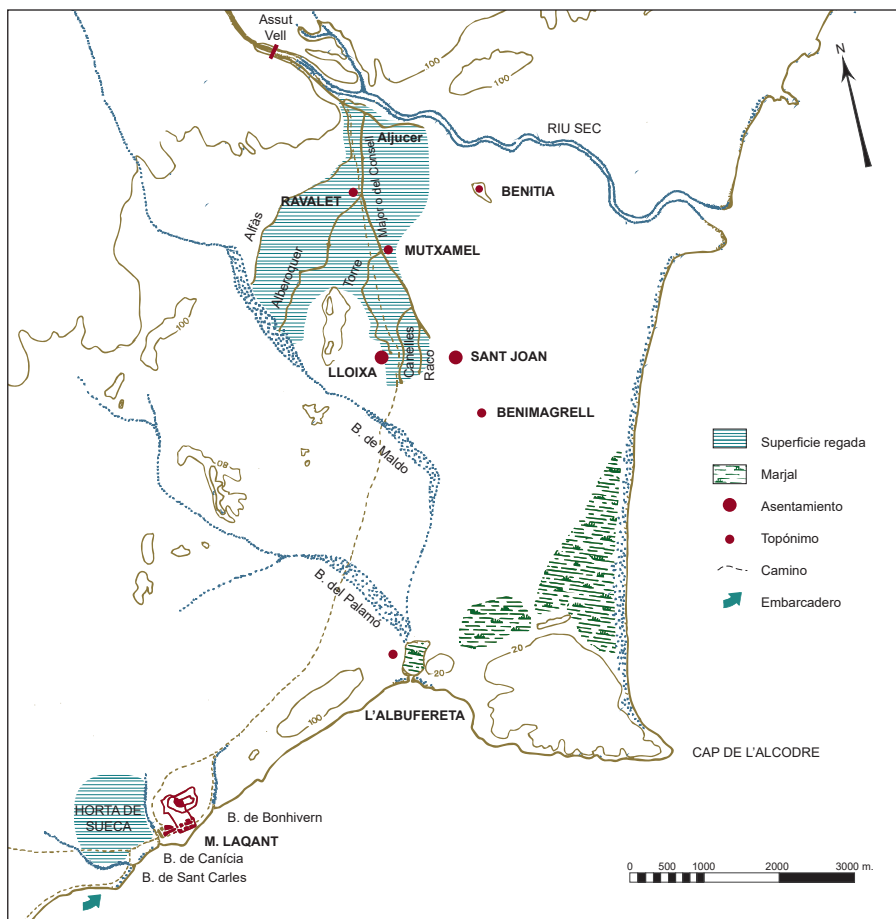
romano, si lo hubo, debió vincularse a otro tipo de instalaciones hidráulicas como balsas y aljibes, o al aprovechamiento de las aguas pluviales y esorrentías de los barrancos que, como los de Maldo y El Palamó, confluían en La Albufereta. En consecuencia, el paisaje agrícola romano, dominado por los cultivos de la tríada mediterránea (cereal, vid y olivo), debió de ser muy diferente del medieval y ocupar con mayor intensidad la partida de La Condomina. Esas tierras bajas, marginales en el paisaje regado medieval, fueron integradas en el sistema hidráulico de L'Horta d'Alacant en época moderna, cuando la construcción del pantano de Tibi permitió la extensión de los cultivos de orientación comercial, como la vid, la morera o la almendra, lo que generó un desarrollo económico sin precedentes de la ciudad de Alicante y su puerto. Desde entonces la viticultura se convirtió en el paisaje dominante del Camp d'Alacant, y La Condomina pasó de periferia de L'Horta d'Alacant a ser su centro.

La creación de la «huerta de Alicant d'Alcodra»: El riego andalusí

Sabemos que el espacio agrícola regado y reglamentado dependiente de la ciudad de Alicante es de origen andalusí, como lo era su población y la organización de su riego, que se mencionan expresamente en algunos privilegios que el rey Alfonso X otorga a la villa tras su conquista. En 1260 nombra a «todos los moros moradores en Alicante o en la huerta o en los castillos del término de Alicant» y un año después dirige una carta a «las aljamas de los moros de Alicant et de la huerta» y menciona en otra a «los moros

que moraren en Alicant [...] et en la huerta de Alicant d'Alcodra».

El reparto de las tierras de la huerta entre los conquistadores debió de realizarse con el del término en 1258, «como mejor las ovieron en tiempo de moros», y quedó consignado en un libro otorgado por Alfonso X. Es decir, debió de respetarse la distribución del agua reglamentada en época islámica, como ocurrió en las huertas de Elche y Orihuela, sometidas también inicialmente a la Corona de Castilla. En el caso de L'Horta d'Alacant se estableció un sistema dual de regadío que aprovechaba dos tipos de caudales: de un lado, las aguas corrientes del río, vinculadas a la tierra, se dividían en *fil*s (hilos), organizados en turnos temporales que formaban secuencias de 21 días llamadas *martavas*, y de otro, las aguas pluviales esporádicas, que se consideraban libres y podían venderse separadas de la tierra. Tanto el reparto proporcional del agua, de base sexagesimal, como el uso de términos de origen árabe –*fil* o *fila* (del árabe *al-ḥayt*) o *martava* (del árabe *martabat* ‘jerarquía, grado o categoría’)– y la abundante toponimia de similar procedencia en acequias, partidas y alquerías, confirman el origen andalusí de un paisaje regado que hemos de suponer diseñado, construido y mantenido por esos «moros que moraren en la huerta», ahora desposeídos de sus propiedades. Más difícil es saber cuándo se construyó y cuál era su extensión y forma concreta, aunque podemos intentar reconstruirla a partir de las evidencias materiales, documentales y toponímicas que desbriznamos del palimpsesto que es hoy L'Horta d'Alacant. Iniciamos ahora un viaje casi arqueológico en el tiempo que nos permita recrear la forma y evolución de esta compleja superficie regada.



Propuesta de restitución de L'Horta d'Alacant en época andalusí (siglos XII-XIII).

Mapa: Sonia Gutiérrez, tratado por Victoria Amorós.

Como en todo sistema de derivación, el riego partía de un azud (el Assut Vell), que dirigía el caudal del río Montnegre a la huerta a través de una acequia principal (*cequia veteris*) de la que surgían los demás canales. Este primitivo azud, del que no quedan restos constructivos, debió situarse en la partida de La Almaina, aproximadamente en el mismo lugar que ocupa el actual azud de Mutxamel,

cuya fábrica corresponde a una reconstrucción de finales del siglo XVIII, de la misma forma que la acequia vieja es la actual acequia Major (también llamada del Consell), que atraviesa –hoy soterrada– los lugares de Mutxamel y Sant Joan, si bien no tenemos indicios claros de que estos existiesen en aquel momento. Esta acequia es la columna vertebral de una estructura jerárquica arborescente de

brazales, hijuelas, ramales y subramales, que creció a lo largo de su historia hasta generar un entramado complejo que a mediados del siglo XX cubría una superficie enorme. ¿Cómo reconocer en ese bosque de acequias las ramas del primer árbol, aquel que permite reconstruir el paisaje de la primitiva huerta andalusí? El procedimiento casi detectivesco consiste en rastrear los brazales, identificar sus antiguos nombres y establecer su secuencia relativa de construcción. Solo así es posible recrear un paisaje imaginado y comprender su historia. No necesita el paseante conocer los detalles de ese proceso, le bastará con saber que la construcción del pantano de Tibi a finales del siglo XVI, con el consiguiente aporte de nuevos caudales, hizo necesaria una reglamentación más compleja, que distinguía entre el *aigua vella* y el *aigua nova*, y generó una abundante e interesante documentación. Algunas fuentes, como el atahullamiento de 1598 (primer reparto de las aguas del pantano tras su construcción), y la *Crónica de la Muy Ilustre, Noble y Leal Ciudad de Alicante* del deán Bendicho, de 1640, proporcionan una instantánea de L'Horta d'Alacant moderna, que permite reconstruir el paisaje bajomedieval y, desde este, retrotraer nuestro relato a su origen musulmán.

El espacio regado en época islámica, la originaria huerta de «Alicant d'Alcodra», se limitaba a la parte alta de L'Horta d'Alacant moderna y ocupaba un sector relativamente reducido de la margen derecha de la acequia Major, llegando como máximo al lugar de Sant Joan, en cuyas inmediaciones la arqueología documenta materiales de época islámica. No es casual que precisamente el primer brazal que parte de ella, el más próximo al origen del riego donde el agua llegaría con

menor recorrido y menos pérdidas, sea precisamente el conocido como brazal de L'Alfàs, esto es, del campo cultivado (del árabe *al-fahs*). Resulta difícil saber qué brazales son los de origen andalusí, pero por eliminación de aquellos que con certeza no lo son se deduce que pudieron serlo los cinco primeros de la margen derecha (Alfàs, Albercoquer, Torre o Carnisseria, Canelles o Lloixa y Racó) y el primero de su margen izquierda (Aljucer o Benitia), el único que atraviesa la nueva acequia del Gualeró, trazada en 1377, lo que significa que ninguno de los restantes existía aún. Es posible que este único brazal de la margen izquierda del sistema de riego, muy próximo al río, tuviese en origen la misión de sangrar sus avenidas, como relata el cronista Bendicho a mediados del siglo XVII. La etimología del topónimo Aljucer (del que parece ser heredero el topónimo moderno Allusser) –o Aljacer, como también aparece– así lo sugiere (del árabe *al-jasūr* 'islas o zonas que se inundan', o *al-jusayr* 'puentecito'), mientras que el nombre que termina por imponerse, Benitia (de *bani* 'Atiyya), hace referencia a un antropónimo tribal, usado muy corrientemente para designar una alquería en Al-Andalus.

Más difícil aún es identificar otros posibles enclaves habitados de L'Horta d'Alacant: en un documento de 1296 se menciona las alquerías de Alconchel y Aljacer, que hemos de suponer próximas al brazal, a las que podemos añadir quizá Benitia y otros aparentes antropónimos empezados por *beni* (hijos de...), como Benaüt, Benissiu, Beniopa, Benimagrell o Benitautell, cuya materialidad se nos escapa. Indicios arqueológicos sugieren la antigüedad de Lloixa (en la que según Bendicho se apreciaban restos de

construcciones antiguas arruinadas) y la existencia de una o varias alquerías en la parte baja de L'Horta d'Alacant, en el entorno del actual Sant Joan. Bendicho recuerda que la vieja iglesia de Sant Joan «era de modo de mesquita, por lo qual pienso que entonces, en tiempos de moros, ya había pueblo», mientras que la arqueología ha encontrado vestigios andalusíes al sur de Benimagrell y un cementerio musulmán en el Tossal de Manises, hecho que prueba el asentamiento de una comunidad islamizada en el entorno de La Albufereta, donde todavía se menciona una alquería en el siglo XIV.

En el caso del topónimo Mutxamel se han propuesto diversas etimologías árabes, procedentes en su mayoría de un participio verbal (*mujma' al-lah*) con el sentido de lugar de reunión o mercado, pero no se ha conseguido alcanzar un consenso. De hecho, nada indica que esta población sea de origen andalusí: el propio Bendicho afirma que «esta villa es población nueva y no ay autor antiguo que d[e] él haga mención» a diferencia de «Ravalet o Rafalet, que es vocablo antiguo y significa lugar puesto en altura y es muy antiguo». En realidad ambos son nombres arábigos de lugar con el significado de barrio (*rabaḍ*) o gran propiedad de secano (*raḥal*), perfectamente compatibles con la existencia de alguna alquería.

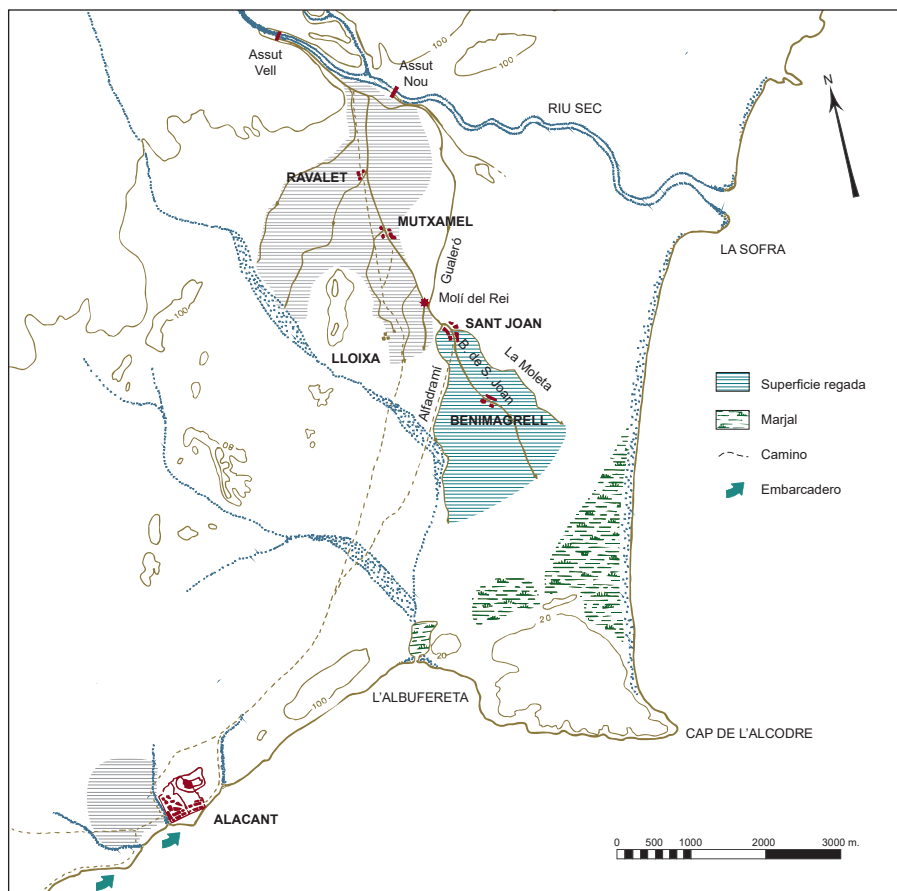
La ampliación bajomedieval de L'Horta d'Alacant: La construcción del Assut Nou y el Gualeró

La incorporación a la Corona de Aragón en 1304 de la región situada al sur de la línea Biar-Busot no debió de suponer

ningún cambio efectivo en la ordenación del regadío de L'Horta d'Alacant, aunque sí los habría de suponer necesariamente en las formas de propiedad originadas por el nuevo reparto, consignado en un *Libro nuevo de la partición de las aguas de la huerta*, que lamentablemente habría de perderse con la guerra de los Dos Pedros. En cualquier caso, el siglo XIV trajo consigo importantes cambios en la morfología y los usos de L'Horta d'Alacant. En primer lugar, se inició un proceso de desvinculación de la propiedad de la tierra y el derecho al agua que, ante su escasez, tenderá a convertirse en un valor independiente de la tierra, a cuya propiedad estaba ligada originariamente. Un proceso especulativo que, una vez acabada la guerra, fue imparable y que terminó por caracterizar el riego de L'Horta d'Alacant.

En segundo lugar, con la reactivación económica y demográfica que siguió al conflicto, el Consell alicantino abordó la primera gran ampliación del regadío, que se extendió por la margen izquierda de la acequia Major y por las tierras más alejadas del río y, en consecuencia, más deficitarias. Para regar más hace falta más agua, y eso fue lo que se planteó: construir un nuevo azud aguas abajo del viejo, que recogiese los caudales que se perdían en el mar y los derivase mediante una boquera y una nueva acequia a la parte baja de la huerta, donde no llegaba el riego tradicional.

En el Archivo Municipal de Alicante se conserva el documento de 1377 por el que el rey Pedro IV dispone la construcción de estas nuevas obras en respuesta a una súplica de los vecinos de Alicante, con intención de aumentar considerablemente la superficie regada sin perjudicar la acequia antigua. En el documento se describe la visura del terreno realizada



Propuesta de restitución de L'Horta d'Alacant en época bajomedieval (siglos XIV-XV).
Mapa: Sonia Gutiérrez, tratado por Victoria Amorós.

para emplazar el nuevo azud (Assut Nou, por oposición al Vell de Mutxamel, de origen andalusí) en una zona rocosa (la misma donde se reconstruyó el actual azud de Sant Joan entre 1631 y 1633) y se traza el Gualeró. Esta nueva acequia de nombre catalán, que no árabe, como se creía popularmente (*goleró*, derivado de *gola*, significa «lloc profund on l'aigua és engolida», según el diccionario de A. M. Alcover), cruzaba el brazal andalusí

de Benitia o Aljucer (el único existente en la margen izquierda de L'Horta) y atravesaba las tierras bajas plantadas de viña, hasta alcanzar la acequia Mayor antes de llegar a Sant Joan, en el Molí del Rei.

Esta obra, sin duda la más importante de L'Horta d'Alacant desde su creación, permitió extender el riego con tres nuevos brazales dispuestos en tridente: el brazal de Sant Joan –que en rigor prolongaba la acequia Mayor hasta más allá



Vista actual del Gualeró, abandonado, desde el Camí de Benaüt, en la partida de Sant Peret.

de Benimagrell– y los de Alfadramí y la Moleta, a ambos lados. El brazal de Sant Joan fue rápidamente asimilado como un nuevo tramo de la acequia Major de la Vila, conocida también desde el siglo XV como «Céquia Vella e Nova» precisamente por eso. Ningún testimonio material original se conserva de esta obra, salvo la hondonada del Gualeró en algunos de sus tramos. Tampoco la columna vertebral de L’Horta d’Alacant, la acequia Major, nos permite reconocer esta prolongación de su trazado, puesto que toda ella fue soterrada hace tiempo, pero podemos recrearla gracias a la precisa descripción que el cronista Vicente Bendicho anotó en 1640:

Su antigüedad dize el modo de la fábrica, tiene al principio tres ventanas al río, tapadas con tablones, corredisas, a quien desimos «les taules». Sirven para sangrar las avenidas del río quando crece por las lluvias y para limpieza de la acequia, tiene de boca treinta y seis palmos y vienen a estrecharse en 16, que ha sido causa de algunas roturas. De aquesta fábrica llega

hasta el lugar de San Juan atravesando toda la calle de la villa de Muchamiel, y le decimos la Cequia Mayor del Consell de la Ciutat de Alacant, y que a su costa se hizo, y tiene de ella la administración de los jurados.

El Gualeró amplió la superficie regada hasta La Condomina, o lo que es lo mismo, la llamada «Horta de Baix», en un censo de 1572. La construcción del pantano de Tibi pocos años después, entre 1580 y 1594, consolidó ese crecimiento en el marco de un nuevo ordenamiento

jurídico; los nuevos caudales de la cuenca alta del río Montnegre permitieron que esta alcanzase su máxima extensión, reflejada en la prolongación de los brazales existentes y la apertura de otros nuevos en la margen izquierda de la acequia Major, como el de El Salt, ya construido en 1598, o los de Fabraquer y Murteretes a partir de mediados del siglo XVII, hasta alcanzar las tierras pantanosas próximas al arenal costero.

Pero conforme la riqueza de L’Horta d’Alacant aumentaba, crecían los riesgos, y estos, en el siglo XVI, venían del mar. Los caminos que comunicaban la zona de huerta con la ciudad, sus venas, se erizaron de torres que vigilaban, avisaban y protegían gentes y cosechas de la voracidad de los corsarios. Pero la historia no se detuvo y la calma trajo una nueva prosperidad. El siempre observador Bendicho nos cuenta que a mediados del siglo XVII las viñas se extendían por las partidas más bajas de L’Horta d’Alacant a costa del olivar, que resistía peor la falta de riego. L’Horta, nacida andalusí al pie del río Montnegre, alcanzó

